

esos que en el transcurso de los años habrán sostenido. Al sentarse sobre ellas, murmuran y vacilan sordamente. Crecen en sus intersticios, ortigas y parietarias, que sirven de guarida en el verano á los pequeños renacuajos.

Penétrase en seguida en espacioso corredor, cuya anchura queda un tanto reducida por unos grandes armarios de nogal que sirven á los campesinos para guardar la ropa, el trigo y la harina. La cocina se encuentra á la izquierda de este corredor, y su puerta, continuamente abierta, permite ver una mesa de encina y en torno de ella algunos bancos. A cualquier hora del día se encuentran sentados en ellos labradorés de la casa ó forasteros que comen pan y queso, y beben vino alegremente.

Inmediato á la cocina está el comedor, en el que sólo hay una mesa de abeto, algunas sillas, alacenas y cajones; muebles, en fin, propios de las antiguas viviendas solariegas que el arte busca sin cesar, para construir bajo sus modelos el mobiliario moderno. Al lado del comedor hay un salón con dos ventanas que la una da al patio y la otra al jardín.

Para subir al único piso de la casa, hay que ascender por una escalera que fué en algún tiempo de madera, y que mi padre la reemplazó por la actual, que es de piedra groseramente labrada. En el piso se encuentran hasta diez piezas casi sin muebles que dan á unos corredores oscuros. En el piso y los corredores, habitaban entonces mi familia, los criados y los huéspedes. ¡Hé aquí la casita que por espacio de tanto tiempo nos cobijó bajo su sombría techumbre! ¡Hé aquí la morada de paz, la Jerusa-

lén, como mi madre la llamaba! Hé aquí el humilde y caliente nido que por tantos años nos preservó del frío, del hambre, de las lluvias y de las tormentosas tempestades del mundo... Nido del que la muerte fué arrebatando, primero á mi padre, á mi madre después, y del cual se han alejado también los hijos cada uno por su lado, los unos á un sitio, los otros á otro... algunos á la eternidad.

Aun conservo la paja, el musgo, la lana: restos preciosos de aquel nido, hoy vacío y sin las ternezas que algún día le animaron. A pesar de la frialdad que en él se observa, me gusta recogerme en él de cuando en cuando; la voz de mis padres, los gritos alegres de mis hermanas, los ruidos que producen la alegría y el amor, parece que resuenan bajo las viejas maderas que sostienen el techo.

XXIII

Por la parte exterior del patio de nuestra casa, alcanza la vista los establos, los pajares, las leñeras y los corrales que la rodean, y la puerta que siempre permanece abierta, da á la calle del pueblo, por donde cruzan los aldeanos llevando las herramientas de labranza sobre el hombro, y algunas veces sobre el otro una cuna con un niño dormido; sigue después la esposa con otra criatura de pecho, y después una cabra con su cabrito, que al pasar por la puerta se detiene un momento para jugar con los perros, y se aleja después dando saltos.

Hay en la otra parte de la calle un horno público para cocer pan, donde se reúnen al calor de aquel fuego que nunca se extingue, los viejos, los

muchachos y las mujeres. Todo esto es lo que se ve desde una de las ventanas del salón. La otra permite extender la vista hacia el norte, sobre los tejados de algunas casas bajas y las tapias del jardín, contemplando de esta suerte el horizonte de montañas sembrado por las nubes, en el que, de cuando en cuando, se junta algún rayo de sol que alumbra entre aquella sombra las ruinas de un castillo antiguo rodeado de almenas y torreones, cuya severa figura da carácter al paisaje. Si entre los fantásticos vapores de la bruma, y á la caída de la tarde dirigimos la mirada sobre este castillo, lo vemos desaparecer entre las sombras. Entonces únicamente queda una montaña negruzca y un barranco amarillento.

Una ruina sobre un monte ó una vela sobre el mar, forman y completan un paisaje. La tierra es únicamente la escena; la vida, el pensamiento, el drama están en aquella que el hombre ha usado ó construído. Donde hay vida, allí hay también interés.

Detrás de la casa está el jardín cercado de piedras, desde cuyo fondo empieza la montaña á elevarse. La falda de esta montaña es verde, después árida y desnuda como si en ella no hubiera tierra vegetal. En su cúspide dibujan una especie de dientes enormes, dos piedras peladas. Nada hay que anime aquella pedregosa sierra: ni un árbol, ni una choza. A causa de esto sin duda, el jardín produce un encanto misterioso. Aseméjase á la cuna de un niño que la aldeana haya colocado dentro del surco mientras trabaja, y al descorrer la cortina del sueño no puede ver otra cosa entre las ondula-

ciones del surco que un estrecho pedazo de cielo.

El jardín no puede compararse al primitivo que Homero describe al diseñar el cercado de las siete piedras del viejo Laerter. Entrando, á la derecha, aparecen ocho cuadros sembrados de legumbres y cercados por árboles frutales y hierba forrajera; de un cuadro á otro hay un paseo sembrado de arena; al extremo de estos paseos, algunos troncos de parras que sustentan un verde artesonado de pámpanos sombreando un banco de roble. En el fondo del jardín hay otro emparrado de vides de Judea que se enredan entre los cerezos; una fuente, un pozo y una cisterna que mi padre mandó abrir á pico en las rocas, para depositar en ella las aguas pluviales. Rodean esta cisterna varios sicomoros y otras plantas de anchas hojas que sombrean aquella parte del jardín.

En otoño estas hojas forman sobre el estanque un tapiz que cubre completamente las aguas.

¡Hé aquí lo que, por espacio de tantos años, fué el goce, la alegría, el consuelo á las desdichas sufridas por un padre, una madre y ocho hijos pequeños!

Este es el edén de mi juventud, donde se albergan mis sentimientos más tiernos, siempre que desean disfrutar de este consuelo que proporciona el recuerdo de la infancia; algo de esa aurora boreal que sólo se divisa desde la cuna.

¡Parece que forman parte de mi corazón aquellos árboles, aquellas flores y hasta la tierra del jardín que me parece inmensa! Extraña cosa es que en un espacio tan reducido puedan reunirse tantos y tan dulces recuerdos,

La gradería de madera que conducía allí por la cual nos precipitábamos alegres; las plantas de lechugas que separaban las primeras propiedades de tierra que nos repartíamos entre todos los hermanos, y que cada uno cultivaba por su cuenta; el plátano, bajo cuya sombra mi padre se sentaba rodeado de sus fieles perros de caza; los árboles bajo cuya fresca sombra mi madre rezaba el rosario mientras nosotros corríamos tras las mariposas; la pared que da frente al mediodía, junto á la cual tomábamos el sol alineados como árboles de cercado; los dos viejos nogales, las tres lilas, las fresas coloreando por entre las hojas, las peras, las ciruelas, los melocotones glutinosos y brillantes con su goma dorada por el rocío de la mañana; el emparrado, que buscaba yo al medio día para leer tranquilamente mis libros, con el recuerdo que dejaron en mí aquellas páginas leídas entre continuas impresiones y la memoria de las conversaciones íntimas tenidas entre este ó aquel árbol; el sitio donde oí, y algunas veces di mil adioses de despedida al abandonar aquellas soledades; el otro en el que nos encontramos al regreso, ó que ocurrieron alguna de aquellas escenas tristes propias del drama conmovedor y tierno de la familia, donde vimos nublarse el rostro descarnado de nuestro padre y el de nuestra madre que nos perdonaba cuando arrodillados á sus pies escondíamos el nuestro entre los pliegues de su ropa; donde mi madre recibió la noticia de la muerte de una hija á quien amaba; y donde alzó los ojos al cielo pidiendo resignación... Estas ternezas, estas felicidades, estas imágenes, estos grupos, y en fin, estas figuras, existen, andan,

viven aún para mí en aquel pequeño cercado, vivificando mis días más felices. Quisiera yo que el Universo tuviera principio y fin dentro de los muros de aquel pobre pedazo de tierra.

Este jardín conserva todavía el mismo aspecto; únicamente los árboles, algo envejecidos, tapizan sus troncos con algunas manchas mohosas; pero los surcos de rosales y claveles extienden sus lozanos pimpollos sobre la arena de las sendas; y cantan los ruiseñores en las noches de estío entre los emparrados y las enramadas. Los tres abetos plantados por mi madre conservan su follaje y sus brisas melodiosas.

Sale y se pone el sol por entre las mismas nubes, y se disfruta aún de la misma calma interrumpida tan sólo por el sonido de la campana al tocar el *Angelus*, ó por el ruido cadencioso de los trillos que baten las mieses en las eras.

Las hierbas parásitas han aumentado; surgen por todos lados zarzas, cardos y malvas azules, agarrándose cruelmente á los rosales, y la hiedra extiende sus brazos por el muro como si quisiera derribarlo; y no se limita á esto su poder: todos los años adquiere más lozanía, y ya empieza á trepar por las ventanas del cuarto de mi madre...

Cuando durante mis paseos por estos lugares, me olvido de mi mismo, ensimismado en profundas cavilaciones me dejo caer sobre el césped, sólo me arancan de la soledad las pisadas del viejo podador, nuestro antiguo jardinero, que viene á visitar sus plantas, como yo mis tristes recuerdos y mis fantásticas apariciones.

Cuando me encontraba lejos de mi patria y mi

imaginación veía la imagen de esta tierra, más poética sin duda cuanto más distante de ella me hallaba, compuse en honor de aquella casita los siguientes versos.

Hay en mi tierra una árida montaña.—Que no produce flores ni frutos, y aparece inclinada, sin duda por el dolor que le causa su estéril situación.—Los despojos de su suelo, ruedan hacia el barranco cuando las cabras saltan por las rocas.—Y las piedras despreddidas, forman otro monte que crece gradualmente.—Al abrigo de éste, vive alguna cepa, que busca en vano un árbol donde enredar sus sarmientos.—En vano también, el arce crece y se arrastra entre los zarzales.—Donde los chicos del pueblo roban á los pájaros las moras negras como el azabache.—Donde la pobre oveja deja su lana enganchada á los espinos.—Donde no se siente en verano el murmullo de las aguas.—Ni el susurro de las hojas agitadas por el viento.—Ni el canto del ruiseñor, cuyas melodías de paz consuela el alma.—Bajo los rayos de aquel sol cobrizo, sólo la cigarra ensordece con sus graznidos.—Todo es sombrío en aquella selva, que resguarda únicamente la montaña descarnada, en cuyo muro azotado por las lluvias y el viento, anotan los años su edad.—Detrás de una colina, hay un campo labrado cuya tierra seca y sin vida deja ver el arado cuando por ella pasa.—Ni capas de verdura, ni rocío en el bosque, ni fuentes murmurantes.—Tan sólo siete tilos que ha olvidado la reja del labrador, adornan aquel pedazo de tierra inculta.—A su sombra soñé yo durante mi infancia.—Hay entre las rocas un pozo

que guarda las aguas pluviales, donde el caminante puede saciar su sed.—Sobre el terreno arcilloso de la era, hay en verano abundancia de mieses, donde los gorriones recogen alimento para sus hijuelos.—Aquí instrumentos de labranza en desorden,—Allá el aldeano con su pipa encendida esperando que el viento sople para dar principio á la limpia del montón de trigo que mezclado con paja molida espera ser aventado.

*
**

Nada alegra la vista en esta estéril prisión.—Ni los dorados capiteles, ni las altas torres de las grandes ciudades.—Ni la carretera ni el río bullicioso.—Ni los terrados de las casas abrasados por el sol de mediodía.

*
**

Sólo se divisan allá lejos en la escabrosa pendiente.—Las rústicas techumbres que albergan á los pobres montañeses.—Y la senda tortuosa y prolongada que serpentea entre las chozas.—Donde el viejo mece á su nieto en la cuna hecha de juncos.—En fin, cielo sin color, sol sin sombra, valles sin verdor... ¡Y es allí donde está mi corazón!—Es allí donde está la casita, las sendas, los ribazos donde he tenido los sueños más felices.—El aspecto de las montañas, cuando el ganado aterido de frío baja á la llanura.—Los espinos, el viento, la hierba seca, tienen íntimas melodías, que sólo el alma comprende.—En todos estos sitios se halla mi corazón; á cada paso encuentra amigos; hasta las piedras y los árboles me conocen, y pronuncian un nombre.—

¿Qué importa que este nombre como Thebas ó Palmira, no recuerde al viajero la fastuosidad de un imperio?—La sangre humana vertida por causa de los tiranos.—Empequeñece aquella grandeza y convierte los imperios en azote de Dios.—Y sobre los monumentos de los héroes y de los dioses, el pastor pasa silbando sin mirarlos siquiera.

*
* *

¡Oh! lugares deliciosos y solitarios.—¡Cuántos recuerdos encerráis en mi alma!—Entre vosotros está el banco donde mi padre descansaba.—La habitación donde resonaron sus varoniles acentos, cuando contaba á los labriegos sus hazañas guerreras.—Cuando les preguntaba los surcos que trazaba el arado en una hora.—Cuando contaba las peripecias que ocurrieron á Luis XVI en el cadalso.—Cuando estimulaba á los mozos á seguir la senda del honor y de la virtud.—También está entre vosotros, la plaza donde mi buena madre nos hacía llevar pan, vino y ropas para socorrer á los pobres del lugar.—Las cabañas donde, con mano amiga, dulcificaba los dolores de sus convecinos.—Donde recogía el último suspiro de los moribundos.—Donde socorría á las viudas y enjugaba el llanto de los niños arrodillados ante el cadáver de su padre, mientras les decía estas palabras:—«A cambio del oro que os doy, rezad por su alma».

*
* *

Allí está la higuera al pie de cuyo tronco mecía

nuestras cunas.—La senda por donde corriamos al oír la campana que nos llamaba á misa primera.—El banco en el que nos explicaba los misterios de la Pasión y nos definía á Dios, enseñándonos en el grano de trigo encerrado en sus gérmenes.—En el racimo de uvas chorreando licor.—La vaca transformando en leche el jugo de las plantas.—En la roca que se abre naturalmente para dar paso á las aguas.—En la lana de las ovejas robada por las zarzas para que después con ella puedan hacer los pajarillos su nido.—En el sol que en su marcha regular va repartiendo las estaciones y vivificando planetas que le rodean.—En todo, en fin, lo que nos rodeaba; hasta en el más insignificante insecto nos enseñaba el poder del Criador.

*
* *

Viñas, praderas, campos y matorales.—Sois recuerdo perenne de sombras y de amor.—Entre vosotras jugaron mis hermanitas lanzando al viento sus rubias cabelleras.—Mientras yo encendía hogueras con los espinos y la yerba seca, donde venían á calentarse los hijos de los pastores.

*
* *

El vigoroso sauce que nos prestaba auxilio cuando el huracán se desencadenaba violento por el valle.—Las rocas, las encinas, el poyo que hay en la puerta del molino.—Todo permanece en pie, todo ocupa su puesto.—Pero ¡ay de mí... han desaparecido algunos de los que os contemplaban en algún tiempo!...

*
* *

Como las aristas se disperan por el aire,—así se han dispersado los séres de mi hogar querido.—Hasta las golondrinas dejan de fabricar el nido cabe la cornisas del tejado.—Y sube por puertas y ventanas, la hiedra trepadora.—Como queriendo cubrir de luto aquella mansión querida.

Tengo un presentimiento que me hace sufrir horriblemente.—Un desconocido no tardará en llegar al pueblo, y á fuerza de oro, se posesionará de todo cuanto alberga la sombra de mis padres.—Donde están mis recuerdos más santos, mis afecciones más íntimas.—Entonces, hasta los pajarillos huirán espantados ante la figura de séres extraños... ¡Dios mío!... ahuyenta de mí, semejantes ideas. . . .

*
**

Ruego á mis hermanos y sobrinos que me perdonen si he insertado los versos anteriores en el presente diario.

Yo entiendo que unos y otros no están en disonancia, puesto que son dos frutos de la misma savia.

Continuemos el manuscrito de mi madre.

XXIV

16 de Junio de 1801

Ayer he ido á Saint Point, y estoy muy fatigada, á pesar de haber hecho el viaje mitad á pie y mitad á caballo sobre un asno. Los caminos están impracticables, y á no ser por el borriquillo, no me hubiera determinado á hacer este viaje, que ha sido sin em-

bargo muy agradable, pues hemos paseado mucho. He acompañada á mis hijas á la iglesia y he pedido á Dios que las haga felices. También le he dado gracias por habernos concedido aquellas fincas, con las cuales ni mi marido ni yo contábamos. Da lástima ver los edificios: el castillo está casi arruinado, las paredes interiores están desnudas, y los adornos, los escudos y las chimeneas, destrozados á fuerza de martillazos.

Durante los días de saqueo del año 1789, unos aldeanos venidos de otros departamentos lejanos, todo lo destrozaron: particularmente los escudos heráldicos aparecen hechos trizas. Nada puede lisonjear nuestro amor porpio. Yo me alegro de ello, porque algunas veces este amor propio lo he tenido con exageración. Todo me sonríe, el país, los parientes, los amigos, los vecinos, que vivían á mi puerta y me saludaban con un júbileo tal, como si hubiese llegado la Providencia! Soy muy feliz, y esto me causa espanto, porque en este mundo lo bueno dura poco. Es indispensable que me mrrrtifique con las buenas obras, y que no me deje arrastrar sino por el reconocimiento hacia el divino Dispensador.

XXV

17 de Junio de 1801

Mlle. de Lamartine, mi buena cuñada á quien adoro en el alma, nos ha convidado hoy á comer en su castillo de Monceau. Este castillo es propiedad de mi cuñada y del hetmano mayor de mi marido, que es el jefe de la familia. Los dos permanecen solteros.

M. de Lamatine era el que debía posesionarse de la inmensa fortuna de mi familia: estaba enamorado de la señorita Saint Huruge, pero no siendo ésta suficiente rica, el matrimonio no se llevó á cabo, y él ha preferido el celibato á casarse con otra mujer.

La señorita Saint-Horuje es hoy demasiada vieja, y no piensa ya en casamientos: es hermana del célebre Saint Huruge, aquel tan tribuno de los demagogos que se hizo famoso en las revueltas de París. Fué un buen hombre que se entregó con entusiasmo á la causa de la revolución. Ella es buena, piadosa y simpática. Mi cuñado y ella se veían en Mácon en las reuniones de familia, y aun se conservan en amistad sincera y constante, Mi cuñado es un hombre de mucho mérito; puede decirse que es un sabio, porque escribe con talento, posee grandes conocimientos científicos, y es consultado por los principales políticos del departamento.

La nobleza intentó nombrarlo diputado en los Estados generales, pero su delicada salud le impidió aceptar. Los republicanos también deseaban que fuese miembro de la Convención, pero tampoco aceptó.

Cuando salió de la prisión donde estuvo algún tiempo encerrado por las ideas moderadas, volvió á sus posesiones del castillo de Monceau en unión de su hermana, bella criatura que se ha dedicado á cuidar á su hermano: parece que ha nacido para hacer la dicha de su esposo. Según se dice, esta joven sintió antes de la revolución ciertas inclinaciones que fueron correspondidas por M. de Marigny, vecino y pariente próximo, buen sujeto poeta, msico distinguido,

que hubo de emigrar el año 1791. Sus bienes fueron vendidos en pública subasta, y murió el año 1799 en un hospital de Mácon. Después de su muerte, la señorita Lamartine no quiere ni oír hablar de matrimonio. Parece que una dulce tristeza invade su sér, y da á su fisonomía cierta gravedad.

Sus bienes de fortuna, que son bastante importantes, los ha tenido unidos á los de su hermano, empleándolos en buenas obras. La oración, la caridad y el gobierno de la casa son sus ocupaciones. Hace el bien por hacerlo sencillamente; no hay en sus actos ni un átomo de egoísmo: es una santa mujer: es religiosa sin ser fanática ni supersticiosa. Pasamos el día juntas, me quiere y la quiero mucho.

XXVI

19 de Junio de 1801

Todo el día de hoy he estado reflexionando sobre lo peligroso de las lecturas fútiles. Estoy en la creencia de que si me privo de ellas, será un sacrificio para mí ciertamente, pero evitaré un peligro. He notado que cuando estoy distraída con estas frívolas lecturas, las útiles y serias me disgustan y cansan al momento. Decididamente, si he de adquirir capacidad para educar á mis hijos, me conviene adquirirla y la adquiriré en los libros serios; á ellos me inclino pues desde hoy.

Ayer, día 18, he recibido carta de mi madre, en la que me dice que ha llegado de Alemania, sin indicarme adonde se encuentra. Yo creo, sin embargo, que estará con Mlle. de Orleáns ocupada en el arre-

glo del matrimonio de esta princesa. ¡Quiera Dios que sean felices!...

*
**

Para mejor comprensión del anterior capítulo, conviene hacer saber que Mme. de Roys (mi abuela), estaba de sub aya en casa de los duques de Orleáns antes de que Mme. de Genlis fuese aya de los infantes.

Muerto el duque de Orleáns, ó mejor dicho, ejecutado Felipe Igualdad, la familia de éste huyó de Francia, y Mme. de Roys se consagró con el mayor cariño, á la viuda duquesa de Orleáns, hija del duque de Penthièvre. Largo tiempo vivió esta desgraciada familia en España.

La duquesa tuvo alguna sospecha de Mme Genlis, y la despidió de su servicio, encargando al mismo tiempo á Mme. de Roys fuese á un convento de Suiza en busca de Mlle. de Orleáns donde se encontraba recogida.

Esta princesa conocida después por el nombre de madame Adelaida, era muy joven, hermosa y excelente de corazón. Durante el reinado de su hermano Luis Felipe, dícese que ejerció gran influencia política.

Creyó mi madre que se trataba de casar á esta princesa desde el momento que la separaba del convento, pero no era este el motivo. Tratábase únicamente de separar á la joven de la influencia directa de madame Genlis y de la acción política del partido orleanista.

La duquesa viuda de Felipe Igualdad jamás quiso asociarse á los manejos revolucionarios de los

partidarios de su marido, así como tampoco á las intrigas dinásticas que se desarrollaban en este partido, capitaneado por Dumouriez, hacia donde Mme. de Genlis conducía poco á poco á su discípula. ¡Lástima grande que las intenciones de Mme. Genlis hubiesen trinfado! La virtud y la hermosura hubieranse mezclado horriblemente con las intrigas palaciegas.

La corte española honró en la viuda de *Igualdad* á la víctima de Revolución y de los desaciertos de su marido.

XXVII

3 de Julio de 1801

Ayer quedamos definitivamente instalados aquí en Saint-Point. El día lo he pasado arreglando mi pequeño ajuar. Estoy muy cansada. A la caída de la tarde he ido á la iglesia que está lindante con nuestro jardin, y he dado gracias á Dios. Para ir al templo, hay que atravesar el cementerio. He visto en él una fosa abierta, que me ha hecho pensar mucho en lo efímero de nuestra existencia. Mientras yo estaba contemplando la fosa, se ha verificado el entierro. He presenciado una escena por demás conmovedora.

La hija del hombre muerto, linda joven de unos dieciséis años, se ha desmayado al ver caer la primera porción de tierra sobre el ataúd que encerraba el cadáver de su padre. Yo la he auxiliado con un frasquito de sales y ha vuelto en sí: después me la he llevado á mi casa, donde se ha reanimado un poco después de haber tomado unos vizcochos y algo

El Manuscrito—5

de vino. Lo que más le ha consolado ha sido al ver que yo lloraba también, y que mis hijos al verme llorar á mí, lloraban igualmente. Aquel padre ha sido llorado por quien ni de nombre le conocía, mientras su hija balbuceaba algunas palabras que partían el corazón. ¡Pobre hija!

Las gentes del campo se admiran cuando ven que comparten con ellos los sufrimientos, personas que por su posición ellos creen de naturaleza diferente.

Ya era de noche, cuando acompañamos á la joven hasta su casa. En la puerta estaban sus hermanitos que al verla le preguntaban si su padre volvería mas tarde. ¡Inocentes criaturas!...

Este suceso ha hecho que mis hijas comprendan lo que son estas eternas separaciones de familia, que la muerte produce, y que ellas habrán de sufrir tarde ó temprano. A los niños se les debe ocultar estas tristes escenas de la vida. Antes por el contrario, hay que hacer porque las vean. ¿Aprender á sufrir no es, pues, aprender á vivir?

XXVIII

3 de Julio de 1801

Hoy he subido á los altos del castillo, con el objeto de hacer una visita á una anciana soltera de ochenta años que vive, gracias á una corta pensión que le han dejado, y á haberle cedido sin pagar retribución alguna, en una pequeña habitación bajo el tejado del edificio. Vive en compañía únicamente de una gallina dócil como un perro. Esta viejecita se llama Mlle. Felicidad. Sus cabellos blancos como el copo de su rueca y su blanca sonrisa, indican

que debió ser en otro tiempo una mujer hermosa. A pesar de las incomodidades que su estancia en el castillo nos pudiera causar, he podido conseguir de mi esposo que continúe en su vivienda; porque son muy peligrosos los traslados de las plantas cuando llegan á ser viejas. A cierta edad, una habitación es un mundo, y el objeto más insignificante un recuerdo querido que llega á formar parte de nuestro mismo sér. He encargado á Juanita, la esposa de nuestro mayordomo, que la visite y la sirva siempre que se le ofrezca. Esta mujer, que ha servido muchos años en el castillo, sabe todas las historias referente á él; es muy agradable saber quienes han vivido y ocupado nuestra casa ante que nosotros.

Algún día seguramente se hablará de mí como hoy se habla de otros. ¡Acaso este día no está lejano!

Después de comer, ó sea á la una de la tarde, me pongo á leer y coser, y después doy lectura al *Evangélio meditado* teniendo á mis criados por oyentes. Ya anochecido voy á la iglesia; la obscuridad parece que ayuda al recogimiento y á la piedad. De esta manera paso la vida mientras mi marido se halla ausente.

Mis hijas y yo iremos pronto á tomar el fresco por las orillas del bosque. Esta vida es demasiado dulce y ahuyenta los dolores físicos y morales. ¡Dios mío! os doy las gracias, pero yo no soy merecedora de tanta felicidad.

¡Que las inquietudes de mi espíritu no me impidan reconocer los inmensos beneficios que de Vos recibo!

Cuando era niña creía que no era posible la vida fuera de la corte, del Palacio real ó de los jardines de Saind Cloud, que habitábamos con mi familia; pero actualmente pido á Dios que me agraden siempre los lugares que su voluntad designe. Siempre que comparo la casa destrozada, pero sana, y bien orientada situada en un valle ameno como los de Suiza, donde pasé los primeros años de mi casamiento, con esas casas ennegrecidas por el humo, con esas chozas cubiertas de heno y retama; siempre que veo esas mujeres más laboriosas y más resignadas que yo, á pesar de carecer de pan y abrigo para ellas y para sus hijos, me considero demasiado favorecida y privilegiada por la bondad de Dios.

XXIX

9 de Julio

Me encuentro triste y abatida, y no sé á qué atribuir esta situación. Acaso es producida por la ausencia de mi marido. En este miserable mundo, la cosa más insignificante hace cambiar la felicidad; nuestros cuerpos son en extremo impresionables...

Me he vestido de negro: parece que así me encuentro mejor y sin embargo no creo que pueda resistir muchos días esta excitación de espíritu.

He leído un libro de Mme. de Genlis y me ha causado su lectura una impresión de alegría y satisfacción como jamás hubiera creído. Hay en este libro muchos y buenos consejos que aprovecharé para mis hijos. Es muy peligroso dejarse dominar por las impresiones de los otros. Yo había juzgado mal y sin conocer la obra, ni á su autor: pero confieso que me equivoqué, y me arrepiento de ello.

XXX

10 de Julio

Ayer me dijeron que una pobre mujer carecía de pan, y que tenía muchos hijos que alimentar. En seguida me fui á visitarla, pero había muchas personas en la casa y no me atreví á socorrerla por temor á que se creyera que ejercía la caridad con ostentación. Volví á casa con la intención de mandarle alguna cosa; se hizo tarde, y no me atreví á mandar á los criados. ¡Acaso la pobre mujer habrá pasado la noche sin alimentarse ni alimentar á sus hijos! Confieso que he obrado mal, y al amanecer he corrido á casa de la pobre mujer y la he socorrido. Nadie debe avergonzarse de hacer el bien, cuando en el mundo se hace tanto mal. He resuelto no caer jamás en esta debilidad.

XXXI

14 de Julio

Este día lo he pasado muy apaciblemente. ¡Quiera Dios que lo hayan pasado así todas las personas que conozco!

Continuamente pienso en mi marido: hoy debe estar con mi hijo Alfonso en Lyon ¡Cuánto me gustaría estar con ellos!

Seguramente que lo habrá sacado del colegio.

Por la mañana, he recibido carta de mi madre que continúa en Alemania y sigue bien: esto me ha causado una alegría inmensa.

Esta mañana he leído en un libro de Mme. de Genlis: en él se hace una descripción de la vida de los frailes de la Trapa, que me ha impresionado